

CG. 35: EN LA FRONTERA, HUMILDE Y CONSOLADA

Benjamín González Buelta, SJ
Superior Regional
Cuba

La encrucijada y la lúcida humildad de los mediadores

La CG35 empezó en una situación de encrucijada. Por primera vez en los cuatro siglos y medio de la historia de la Compañía renunciaba un P. General en plena lucidez y se quedaba en medio de los congregados durante el proceso para elegir su sucesor y participar posteriormente en el desarrollo de la Congregación.

El 9 de marzo me encontraba en el aeropuerto de Roma, cuando cruzó con paso ágil el **P. Kolvenbach** con su Provincial, el P. Fadel Sidarouss, camino del Líbano. Los acompañaba el P. Adolfo Nicolás. El P. Kolvenbach regresaba a su Provincia con la misma discreción con la que había vivido siempre. Llevaba en la mano su eterno maletín que ha viajado con él durante veinticinco años por todas las naciones donde la Compañía está establecida. Una hora antes lo había visto salir de la Curia con sencillez. No había ninguna grandiosa despedida organizada, pero allí estaban los padres y hermanos de la comunidad y los de la residencia Canisio para decirle adiós en una despedida sencilla que escondía una emocionada gratitud. El día de su renuncia el P. Valentín Menéndez leyó una carta de agradecimiento sobria, certera y cálida. El día de su despedida el P. Michael Holman hizo toda una semblanza de su modo de proceder como Superior General. Después, puestos en pie, aplaudimos durante varios minutos mientras él besaba el icono oriental que le regaló la CG, tan pequeño que cupiese en su menudo equipaje y en su espíritu desprendido.

En la primera Eucaristía presidida por el nuevo P. General en la Iglesia del Gesù, cuando el P. Kolvenbach entró con su alba y su estola blancas como uno más en la fila de los doscientos veinticinco congregados, el templo entero estalló en un aplauso cálido y prolongado. No sólo aplaudimos el servicio que ha hecho a la Compañía, a la vida religiosa y a la Iglesia, sino también la manera de retirarse de la escena sin la más mínima huella de privilegios o de méritos adquiridos. Escondía toda su vida en la gratuidad de Dios. *Vivimos la renuncia de un seguidor del Jesús pobre y humilde de los Ejercicios que se mueve con la lucidez del Espíritu*. No escogió el permanecer consumiéndose lentamente en el centro de la Iglesia y de la Compañía, como un icono de peregrinación, sino desaparecer en las orillas más discretas, en la frontera de donde había salido, para dejar todo el espacio a otro Superior General que encare con vigor los nuevos desafíos.

El P. Kolvenbach empezó el proceso de su renuncia durante el pontificado del Papa Juan Pablo II. Un paso de esta magnitud se fue preparando lentamente en el diálogo con el Papa, con la Compañía y teniendo en cuenta las opiniones de personas influyentes de la institución eclesial que consideraban el momento oportuno para intervenir de alguna manera con procedimientos que por fin llevasen la Compañía “al buen camino”. El P. Kolvenbach fue lúcido al presentar su renuncia, paciente al esperar el momento oportuno y humilde en la manera de llevarla adelante.

*mediante un proceso
de discernimiento
que incluye información,
diálogo y oración*

La elección de un Superior General en la Compañía es una experiencia única, de sorprendente libertad. No hay candidatos, ni programas, ni promesas electorales. No se puede hacer propaganda. Ningún nombre queda excluido. Somos conscientes de las expectativas de los amigos y de las presiones de los que no nos comprenden. Y sin embargo, mediante un proceso de discernimiento que incluye información, diálogo y oración, buscamos el candidato mejor para guiar la vida de la Compañía en este momento de la historia. Este proceso sólo es posible cuando los congregados han salido de “su propio amor, querer e interés” (EE 189) y sólo desean el mayor servicio de Dios nuestro Señor.

La elección empieza su preparación desde el momento en que se comienza el estudio del estado de la Compañía, de los desafíos que plantea el mundo actual y se traza el perfil más apropiado del nuevo Superior General.

Con la elección del **P. Adolfo Nicolás** nos regaló el Señor una consolación compartida que nos acompañó a lo largo de la CG35 ungiendo toda la búsqueda del proyecto de Dios para la Compañía que se iba plasmando poco a poco en la lenta elaboración de cada decreto y de las

*la audiencia de Benedicto XVI constituyó,
junto con la renuncia del P. Kolvenbach
y la elección del P. Adolfo Nicolás,
uno de los tres momentos culminantes
de toda la Congregación*

recomendaciones para el gobierno ordinario. En el P. Adolfo Nicolás vemos un hombre de frontera, nacido en occidente e incultrado en el oriente, lo mismo que Kolvenbach y Arrupe, cercano a los pobres y pastor

en el diálogo respetuoso con otras religiones, con una experiencia apostólica muy variada y con una larga trayectoria de gobierno, bien formado en teología y con facilidad lingüística, con una sencillez que acerca a los pasillos y a la taza de café compartida su cargo de Superior General, con capacidad para transformar con humor los nudos en nuevas posibilidades. Sólo desde una experiencia honda de Dios que se trasmite por sí misma, es posible sintetizar en su persona rasgos que se complementan con tanta armonía.

Me sorprendió la reacción de los medios de comunicación social ante la renuncia del P. Kolvenbach y el nombramiento del P. Adolfo Nicolás. Teníamos acceso a la prensa escrita de España, Francia, e Italia principalmente. La manera de informar fue generosa en espacio y en elogios, incluso en los periódicos que normalmente son críticos de la Iglesia. Alababan la sabiduría, discreción y libertad de Kolvenbach durante estos años difíciles y el perfil del nuevo Superior General. *Al destacar todos estos rasgos, tal vez estaban transmitiéndonos lo que este mundo fragmentado y confuso espera hoy de la Compañía y de la Iglesia, lo que realmente está buscando porque lo necesita:* testigos de Dios y de lo humano que sean sencillos, humildes, cercanos, verdaderos creyentes, ilustrados y dialogantes

en medio de la complejidad con la que vivimos hoy en las diferentes fronteras de nuestro mundo.

El Papa **Benedicto XVI** estuvo muy presente entre nosotros a lo largo de toda la CG35. Pero el sentido de su presencia se fue transformando a medida que pasaban los días. Al principio nos movíamos en un deseo sincero de vivir plenamente la obediencia al Papa para la misión, pero al mismo tiempo nos paralizaba de alguna manera un cierto temor que tal vez nos llegaba de las experiencias dolorosas vividas en el pontificado de Juan Pablo II y de algunos comentarios negativos venidos de fuera que se filtraban hasta los pasillos la CG. Fuimos pasando de un cierto encogimiento al entusiasmo de una misión renovada en el corazón de la Iglesia.

La audiencia de Benedicto XVI constituyó, junto con la renuncia del P. Kolvenbach y la elección del P. Adolfo Nicolás, uno de los tres momentos culminantes de toda la Congregación. El Papa apareció con una sonrisa muy amable, casi frágil, y una expresión de gran cordialidad. Sus gestos de bondad y sus palabras nos sorprendieron y parecían libres tanto de nuestros propios recelos, como de los malentendidos, los prejuicios y las presiones poderosas que nos descalifican hoy de alguna manera. Su mensaje fue una apuesta por la Compañía, el riesgo humilde de su mano tendida hacia nosotros, la invitación a entrar en una etapa nueva.

Después de agradecer al P. Adolfo Nicolás sus palabras y al P. Kolvenbach “por el valioso servicio de gobierno que ha prestado a vuestra Orden durante casi un cuarto de siglo”, nos decía:

“Espero, pues, ardientemente que toda la Compañía de Jesús, gracias a los resultados de vuestra Congregación, pueda vivir con impulso y fervor renovados la misión para la que el Espíritu la suscitó en la Iglesia y la ha conservado durante más de cuatro siglos y medio con extraordinaria fecundidad de frutos apostólicos”.

Con mucha claridad y aprecio nos envió de nuevo a la misión que nosotros acogimos en el mejor espíritu de nuestro carisma, el de Ignacio y sus primeros compañeros cuando se pusieron al servicio del Papa Paulo III para ser enviados a las fronteras geográficas, religiosas y culturales del siglo XVI:

“Como en varias ocasiones os han dicho mis antecesores, la Iglesia os necesita, cuenta con vosotros y en

vosotros sigue confiando, particularmente para alcanzar aquellos lugares físicos o espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo. *Han quedado grabadas en vuestro corazón aquellas palabras de Pablo VI: "Donde quiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas"*.

Nos recordaba que "la Iglesia necesita con urgencia personas de fe sólida y profunda, de cultura seria y de auténtica sensibilidad humana y social... que *dediquen su vida a permanecer en esas fronteras*". No se trata de misiones esporádicas a las que uno va y de las que regresa a los espacios seguros, sino de "permanecer" como testigos, de "ser" personas reconciliadas precisamente en situaciones de fragmentación y sin sentido para dialogar con las personas que son ellas mismas fronteras desgarradas.

*nos sentíamos enviados a las
fronteras del mundo desde
el corazón de la Iglesia*

Para Benedicto XVI esto no es algo nuevo, sino que tenemos ejemplos inspiradores en grandes jesuitas del pasado como Francisco Xavier, Mateo Ricci, Roberto de Nobili y empresas admirables como las "reducciones" de América Latina. Pero al vivir en las fronteras también nos pedía hacernos cargo "del deber

fundamental de la Iglesia de mantenerse fiel a su mandato de adherirse totalmente a la Palabra de Dios, así como de la misión del Magisterio de conservar la verdad y la unidad de la doctrina católica en su totalidad". No nos pide el Papa sólo una fidelidad fría y repetitiva a leyes y doctrinas, sino verdaderamente creativa en el diálogo con el mundo actual en cambio dramático y constante.

Salimos de la audiencia con una profunda experiencia de consolación que nos acompañó hasta el final de la CG y le dio un nuevo acento a todos nuestros trabajos y búsquedas. *Nos sentíamos enviados a las fronteras del mundo desde el corazón de la Iglesia*. La Compañía responde a la invitación de Benedicto XVI "con nuevo impulso y fervor". Con razón se llama así el decreto que recoge nuestra respuesta. La CG35 es

consciente de que *“la carta y la alocución del Santo Padre nos abren a un momento histórico nuevo”* (CG35, 1,16).

***En las fronteras donde está el Señor
“nuevamente encarnado” (EE 109).***

Los padres y hermanos de la CG35, no necesitamos asomarnos a las ventanas de la Congregación para mirar fuera la complejidad del mundo al que somos enviados. Dentro de la sala nos encontramos personas de todos los continentes, de muchas etnias, culturas y sistemas políticos diversos. Cuarenta y nueve lenguas maternas diferentes estaban en el sustrato de las lenguas oficiales de la CG. Allí se encontraban dialogando los jesuitas acostumbrados a moverse entre las élites de la ciencia y del poder con los que llevan en la propia sangre historias de desprecios seculares como los dalits de la India o las etnias diezmadas de Africa, el Sur pobre que origina las migraciones con el Norte rico que las recibe o las rechaza, el Oriente origen de las grandes religiones de la humanidad y el Occidente secularizado, los países que contaminan la tierra y los pobres que padecen la desertificación, los instalados en las naciones del bienestar y los que viven una existencia volátil en campamentos de refugiados.

En esta CG los planteamientos ideológicos no estuvieron tan presentes como en la CG34 donde una palabra podía desencadenar fuertes debates que dividían la asamblea. Fuimos capaces de *acercarnos al mundo en una visión más contemplativa, con la mirada de Dios en la encarnación de su Hijo Jesús (EE 109)*, viendo las contradicciones que crean muerte e infiernos, pero acogiendo también la encarnación de la vida nueva de Dios ofrecida para todos desde esas fronteras agónicas.

Las fronteras son la expresión conflictiva de nuestro mundo “desbocado”, que vive cambios tan profundos que estremecen toda la sociedad y que muchas veces no somos capaces de controlar y ni siquiera de comprender. En un mundo “fragmentado” las certezas de toda la vida que han configurado las personas y la sociedad, como la visión de Dios, de la familia, de la sexualidad, del sentido de la vida, se han roto en pedazos dividiendo las personas por dentro y quebrando sus relaciones fundamentales. Cada uno de esos fragmentos sólidos del pasado se vuelve “líquido”, empieza a moverse por la tierra cuarteada con una lógica impredecible, toma la palabra y exige un reconocimiento en la organización

de la sociedad. “No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que desafían hoy a los heraldos del Evangelio, sino las fronteras que debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, acaban alzándose entre la fe y el saber humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y el compromiso por la justicia”. (Audiencia de Benedicto XVI a la CG35).

Ha sido decisivo para la Compañía volver a confirmar las grandes fronteras de nuestro tiempo ya asumidas por las anteriores Congregaciones Generales postconciliares: el servicio de la fe y la promoción de la justicia en una “opción preferencial por los pobres que no es ideológica, sino que nace del Evangelio” (Benedicto XVI, Audiencia a la CG35), el diálogo con las diferentes culturas impactadas hoy por la cultura global que desembarca sin descanso innumerables imágenes en todas las pantallas del mundo, y el diálogo interreligioso en un momento en que a la guerra y a la confrontación se las legitima muchas veces con credos religiosos.

Estas grandes opciones de la Compañía se sitúan hoy en el contexto nuevo de la globalización que llega a todos los rincones del planeta. A estos desafíos se añaden otros nuevos que van adquiriendo cada mañana proporciones nuevas y sorprendentes, tales como la ecología, la bioética, las migraciones, etc. Permanecemos en las fronteras de antes y asumimos las nuevas.

En esta Congregación hemos hecho una afirmación clave: asumimos “permanecer en las fronteras” (Audiencia de Benedicto XVI a la CG35),

*por ser fronteras [...] pueden
ser lugares de conflicto
que ponen en peligro
nuestra reputación,
tranquilidad y seguridad*

fuera de los espacios ya adquiridos, delimitados, previsibles y seguros.

“Por ser fronteras, recordaba el P. A. Nicolás, pueden ser lugares de conflicto que ponen en peligro nuestra reputación, tranquilidad y seguridad” (CG35, 1,6). La frontera puede ser una cátedra de bioética en una universidad, un barrio marginado permanentemente inestable por las bandas organizadas que luchan por

el control del espacio y de la droga, un campamento de refugiados, un estudio de televisión donde se busca el lenguaje para hablar hoy de Dios, una comunidad de puertas abiertas en un barrio musulmán donde la vida misma es la única palabra de fe que se puede pronunciar, un flujo constante de migrantes que se desplaza incesante como un río junto a nuestros centros

de acogida, o el acompañamiento de tantas vidas que desean encontrarse con alguien que les ayude a clarificar el desamparo interior que las desgarran.

El desafío de permanecer en las fronteras es hoy extremo. Es imposible estar en ellas sin ser alcanzado por los dinamismos contradictorios de las diferentes fuerzas que se mueven ahí, por las diversas opciones que se agitan con su fermentación incesante, tiran de nosotros en diferentes direcciones y pueden desgarrarnos. La figura del servidor sufriente de Isaías, puede iluminar este desafío. El servidor que “reconcilia” ayudando a restablecer “relaciones justas” con

Dios, con los otros y con la creación (CG35, 3, 12-17), es formado por el Señor para “ser alianza de un pueblo” y “luz de las naciones” (Is 42,6). “Ser” alianza no es realizar sólo una serie de actividades externas para unir al pueblo, sino algo mucho más profundo. Quiere decir que en su corazón de profeta se une ya el pueblo que en la realidad todavía

está dividido y confrontado, como ya se unen todas las personas en el corazón de Dios hacia el que camina la historia. Si su corazón es un horno donde la vida quebrada arde y se transfigura, entonces el profeta puede ser “luz para el pueblo”. No es un problema de fortaleza personal sino de apertura a la vida verdaderamente humana que viene desde Dios precisamente en medio de la vida desgarrada. Ninguna barra gruesa de hierro se deja transfigurar para iluminar, sino sólo un filamento frágil y pequeño como una oruga, cuando deja pasar la vida que viene de Dios a través de sí mismo.

Nuestra espiritualidad es muy apropiada para vivir en las fronteras, y las “polaridades ignacianas” (CG35, 2, 8-9) nos ayudan a vivir allí en una actitud incesante de “fidelidad creativa” (CG35, 1,13). Estamos plenamente en el mundo trabajando junto a las personas, pero en la misma acción somos contemplativos por que descubrimos a Dios en la profundidad de lo real creando la vida nueva y sorprendente juntamente con nosotros con una discreción infinita; actuamos como si todo dependiese de nosotros organizándonos para ser eficaces, pero al mismo tiempo todo lo esperamos como gracia de Dios y nos perdemos con gusto en la gratuidad de su actuar

*descubrimos a Dios en la
profundidad de lo real creando
la vida nueva y sorprendente
juntamente con nosotros con
una discreción infinita*

en la historia sin pasar injustas facturas de éxitos o reconocimientos ni a Él, ni a los demás ni a nosotros mismos; nos podemos insertar en *un espacio* bien concreto con todos los detalles de una cotidianidad exigente y permanecer con un corazón abierto a nuestra misión *universal*, a todas las personas; apostamos por lo *germinal* tan pequeño y minucioso como una semilla de mostaza cuando nos insertamos en una comunidad humana y al mismo tiempo contemplamos en esa apuesta insignificante toda la *utopía* de la cosecha que ya viaja dentro de la semilla diminuta.

En este diálogo incesante de las polaridades nos volvemos verdaderamente *creadores de la novedad de Dios* como ya afirmaba el P. Pedro Arrupe hablando de nuestro carisma:

“A medida que se conoce la intuición evangélica de este carisma, se admira uno más de la simplicidad de su intuición: es la intuición del amor, que puede unir elementos que, al faltar ese amor, parecerían irreconciliables o al menos conducir a dicotomías y tensiones que frenarían el verdadero dinamismo apostólico: acción - contemplación, fe – justicia, obediencia – libertad, pobreza – eficacia, unidad – pluralismo, sentido local – universal. San Ignacio, al contrario, encuentra soluciones admirables que unen lo que al parecer es contrario y produce así la eficacia apostólica máxima” (P. Pedro Arrupe; *La identidad del Jesuita*; “En sus bodas de oro en la Compañía (15-01-77)”, ed. Sal Terrae, p.538).

Estas polaridades son como las dos alas de una paloma. Tienen que estar siempre en diálogo para poder crear un vuelo nuevo. Hay que mantener los dos polos siempre vivos y conectados en una tensión creadora. Nadie con un ala sola puede volar.

“Redescubrir nuestro carisma” (CG35, 2)

La manera de conocer, sentir y gustar la realidad de nuestro mundo ha cambiado. Hoy comprendemos y nos comunicamos con un lenguaje más narrativo, simbólico, corporal, afectivo e imaginativo. ¿Cómo definir nuestra identidad en este momento y cómo decirla de tal manera que nos exprese a nosotros mismos, sobre todo a los jesuitas más jóvenes, y que al mismo tiempo toque el corazón de los que se acercan a nosotros con el deseo de conocernos e incorporarse a nuestro cuerpo apostólico, o de colaborar con nosotros en la misión? Hay que tener en cuenta que para

crear un nuevo lenguaje no basta con abrir el diccionario y usar técnicas modernas de comunicación, sino que tenemos que vivir con tanta pasión nuestro carisma en nuestro contexto que las palabras, imágenes y signos salgan nuevos del fuego que nos habita. Sólo “un fuego enciende otros fuegos” (CG35, 2, 25).

La CG35 ha hecho un gran esfuerzo para expresarse a sí misma de manera nueva. Cuando el primer borrador del decreto sobre nuestra identidad llegó al aula produjo mociones muy diferentes. Algunos aplaudían con entusiasmo un lenguaje nuevo y necesario, mientras otros lo rechazaban porque se apartaba del lenguaje diáfano más propio de un decreto, con la precisión y la exactitud conceptual brillando en cada palabra.

*nuestras pequeñas historias,
tan diversas unas de otras,
se unen todas potenciándose
mutuamente en el gran relato
de la historia de la Compañía*

En nuestro decreto afirmamos nuestra identidad y nuestra misión en un lenguaje que conecta directamente con la narrativa de los momentos fundacionales de la vida de Ignacio (Loyola, Manresa, el Cardoner, París, la Storta y Roma). Nuestras pequeñas historias, tan diversas unas de otras, se unen todas potenciándose mutuamente en el gran relato de la historia de la Compañía.

Inspirados en el lenguaje de los Ejercicios contemplamos con la mirada de Dios nuestro mundo fracturado (EE 102), vemos las diversidades que luchan y crean el sufrimiento, la exclusión, la muerte y los infiernos, pero en la hondura de todas estas situaciones se nos revela la presencia del Hijo de Dios encarnado que asume la historia con nosotros (EE 109). Al acercarnos a él, recién nacido en Belén, con todos nuestros sentidos abiertos, empezamos a sentir y gustar “la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima, de sus virtudes y de todo” (EE 124), pues todo está alcanzado por el amor encarnado de Dios. Desde esta experiencia de sabor y de sentido nos comprometemos para construir el reino de Dios en el seguimiento del Jesús “pobre y humilde” del Evangelio, asumimos la alegría de crear el futuro, mientras avanzamos resueltos hacia las confrontaciones inevitables que nos introducen en el misterio de la muerte y de la

resurrección, única posibilidad de que el futuro que Dios crea con nosotros nazca nuevo desde las sepulturas personales y sociales de nuestro tiempo.

Con los Ejercicios nace en nosotros una “nueva sensibilidad” para percibir a Dios no sólo en la belleza, la comunión y el orden, sino también en las fronteras, en situaciones de pobreza y de dolor, incluso allí donde aparentemente sólo hay personalidades transgresoras e iconoclastas que amenazan con armas o con imágenes y músicas corrosivas el arte y los discursos de nuestro lenguaje sobre Dios y nuestro sentido de la vida humana. A veces la gente rompe cascarones, palabras, fórmulas y rituales porque los sienten como cepos en los que ya no cabe su vida.

Este lenguaje de nuestra identidad y misión no es simplemente una concesión a la posmodernidad, sino un retomar el lenguaje de los

*la comunidad constituye
un eslabón necesario entre
la identidad y la misión*

Ejercicios y del proceso fundacional de la Compañía que es también el lenguaje narrativo de un peregrino, del afecto, de la imaginación y de los sentidos. Es significativo que en las notas a pie de página de los decretos de la CG35, las Constituciones y las Normas Complementarias juntas sólo son citadas 33 veces, mientras que los

Ejercicios Espirituales son citados 34 veces.

Identidad y misión son inseparables, pues en definitiva nosotros hacemos lo que somos. No sólo intentamos anunciar al Hijo encarnado, “imagen de Dios” (2 Cor 4,4), sino que deseamos “ser su imagen” real (2 Cor 3,18) en la cultura de la imagen virtual, y que en nuestras comunidades se pueda “ver” (Jn 1,39) lo que anunciamos. Por eso en este decreto también explicamos nuestra misión, aunque después se hablará de ella en otro decreto con un lenguaje más operativo.

Pertenece a nuestra identidad realizar la misión colaborando con “otros” (CG35,5), de una manera especial con los laicos a los que el Espíritu ha introducido en el carisma de nuestra espiritualidad ignaciana y que están unidos a nosotros por el don inestimable de la amistad y de la colaboración en diferentes obras apostólicas. También construimos el reino de Dios colaborando con religiosas, religiosos, sacerdotes, movimientos eclesiales, creyentes de otras religiones y no creyentes, que comparten con nosotros la misma actitud de servicio hacia los valores del Evangelio.

Entre la identidad y la misión: la comunidad

Ignacio y sus primeros compañeros fueron reunidos por el Espíritu en un grupo de “amigos en el Señor” que culminó en una comunidad apostólica desinstalada capaz de moverse con agilidad por las fronteras geográficas y culturales de su tiempo. El vínculo entre ellos fue tan intenso que les permitía sentirse cuerpo en medio de una gran movilidad y dispersión, en una época en la que una carta podía tardar más de un año en llegar hasta Ignacio desde las fronteras de la misión. La necesidad de una vida comunitaria intensa fue expuesta con mucha fuerza en la CG35. Un grupo intentó expresarlo en un decreto, pero no logró transmitir el sentir hondo de todos. Las referencias a la comunidad aparecen en diversos decretos.

La comunidad constituye un eslabón necesario entre la identidad y la misión. Sólo podemos anunciar el reino de Dios que viene a recrear las relaciones humanas desde la verdad de la vida comunitaria. No sólo somos una “comunidad para la misión”, sino que la vida comunitaria “es misión”. Expresa la fortaleza del reino que es capaz de congregarnos con todas nuestras diferencias y nuestros límites, en medio de los mecanismos individualistas y excluyentes de nuestra cultura. Desde una verdadera comunidad podemos decir: “Vengan y vean”. Para muchos los jesuitas somos invisibles.

La transparencia comunitaria nos hace visibles como cuerpo apostólico y creíbles como servidores del Evangelio.

Es difícil construir hoy la comunidad. Todos respiramos un individualismo que nos ofrece tecnologías para construir nuestros espacios al margen de los demás, para aislarnos de las personas cercanas que deseamos esquivar y para desplegar nuestras relaciones virtuales en otros escenarios, según nuestros gustos personales y despojadas de la prueba insoslayable de la cotidianidad. Con un clic sin remordimiento en el teclado puedo cortar una conexión vital para otra persona. Los teléfonos móviles y el Internet nos ofrecen “estar conectados” en cualquier momento y con cualquier persona, pero no necesariamente estar bien relacionados en una comunicación de calidad humana. Incluso la cantidad de las conexiones puntuales puede ahorrarnos la calidad de las verdaderas relaciones.

Sin una comunidad, ¿cómo lograríamos “permanecer en las fronteras”? Los impactos desintegradores son muy fuertes y pueden quebrarnos en nuestra sicología personal y en la calidad de los proyectos

apostólicos que deben superar nuestros propios planteamientos y destrezas personales.

Necesitamos construir comunidades apostólicas con la finura, la dedicación y el arte de verdaderos orfebres emocionales, dedicando tiempo para la comunicación profunda, la oración, el discernimiento y el descanso compartidos, para elaborar y sostener nuestros proyectos apostólicos. El espíritu festivo auténtico celebra la vida real y no espera la llegada de las situaciones ideales e imposibles, ni se deja paralizar por la escasez que revelan las estadísticas, ni por la irrelevancia social de muchas de nuestras actividades apostólicas. Es necesario revitalizar la misión del Superior local precisamente en esta función prioritaria de animar la vida de la comunidad.

Un cuerpo universal para “el universo mundo” (EE 95).

A lo largo de la CG35 veíamos constantemente ocupadas las computadoras disponibles para comunicarnos a través del correo electrónico con toda la Compañía. Otros electores se situaban en las esquinas con sus lap-tops sobre las rodillas, micrófonos y audífonos instalados para establecer una conexión más viva con sus Provincias. Las diferentes etapas de nuestro itinerario fueron seguidas por muchos jesuitas y colaboradores laicos en los rincones más apartados y desde esos mismos grupos humanos nos llegaban constantemente ecos y oraciones. Experimentamos de manera bien visible que formamos una red por la que se puede mover información y ayuda de todo género. Estamos conectados para elaborar e implementar proyectos apostólicos que superen los límites de nuestras Provincias y regiones.

En esta CG35 hemos retomado con nueva actualidad una dimensión que está en las raíces de nuestro carisma: somos un cuerpo universal. El mundo globalizado nos ha ayudado a tomar conciencia de lo importante que es vivir de manera más organizada este rasgo esencial de nuestra vocación, ya presente desde nuestros orígenes en Ignacio y sus primeros compañeros. Con una fe apostólica impresionante se despedían de su tierra en viajes sin retorno la mayoría de las veces. No los detenía el saber que un por ciento notable de los que partían se quedarían por el camino; asaltados por piratas, por las enfermedades o las tormentas nunca llegarían a su destino situado en las últimas geografías del mundo conocido. Somos herederos de ese carisma de apertura universal que ahora debe encontrar una expresión nueva.

El Gobierno de la Compañía, desde la esencia de nuestro carisma, se debe reestructurar en todos sus niveles con la ayuda de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la organización: Congregación General, Gobierno Central, Conferencias de Superiores Mayores, Provincias, Regiones y el Gobierno Local. Ya no podemos pensar sólo en clave de Provincias o Regiones a la hora de hacer proyectos apostólicos y de destinar recursos humanos y económicos. Se abre la tarea de configurar nuevas Provincias para el mayor servicio, de tal manera que se aprovechen mejor las posibilidades que el Señor ha puesto en nuestras manos (CG35,6).

Una CG orada: Acoger un don

La oración personal y comunitaria ha atravesado todas las etapas de la CG35 de una manera muy explícita. Cada día comenzábamos las tareas en el aula con una oración de quince minutos, muy bien preparada, en referencia al momento preciso que atravesábamos. A la entrada en el aula, Jerry Rosario nos recibía cada mañana con una gran sonrisa entregándonos personalmente la hoja de la oración escrita en diferentes idiomas con un cálido: “Good morning”. Esta misma oración sería repetida después en muchas comunidades de la Compañía que se solidarizaban de esta manera con nosotros. Constantemente nos llegaban las referencias de muchos colaboradores laicos que seguían de cerca las tareas de la CG y oraban por nosotros y con nosotros, con nuestras mismas palabras y búsquedas.

En los momentos importantes celebramos una Eucaristía especial: Comienzo de la CG en el Gesù; antes de la elección del nuevo P. General en la iglesia del Espíritu Santo, cercana a la Curia; en el Gesu celebramos la elección del nuevo P. General; en la Iglesia de San Ignacio comenzamos la Cuaresma; en el Gesù concluimos la CG para darle gracias a Dios. La liturgia estuvo siempre muy bien preparada.

Cada día celebrábamos eucaristías en grupos lingüísticos, en inglés, francés y español. Fueron un espacio privilegiado para ir uniendo lo vivido en el proceso de la CG con la realidad de cada Provincia o Región. Sentimos que, en una experiencia espiritual compartida, estábamos tejiendo el cuerpo de la Compañía, con nombres propios de lugares, obras y personas, siempre más amplio que los límites de nuestras propias Provincias.

A lo largo de la semana solíamos tener amplios espacios para leer y orar las redacciones progresivas de los decretos, para verlos desde el Espíritu que nos ofrecía su novedad en este momento preciso de la Compañía.

Con humildad pedíamos acoger el don de Dios, la colaboración justa y precisa que Él nos ofrecía como gracia en este momento para colaborar en la construcción de su reino en nuestro mundo, dentro del cuerpo eclesial. Tal vez esta CG no tenga grandes visiones de la realidad, ni afirmaciones deslumbrantes de nuestras posibilidades apostólicas. Siento que hemos vivido con una conciencia muy lúcida la magnitud de los desafíos, la complejidad de permanecer en las fronteras, la pasión por entregarnos a la misión, pero en una humildad mucho más realista sobre nuestras “medidas” posibilidades (EE 237), siempre situadas dentro del don inagotable de Dios que llega hasta nosotros “así como del sol descenden los rayos”, y “de la fuente las aguas” (EE 237).

Hemos experimentado que la oración explícita en común puede abrir nuestros encuentros y búsquedas a una dimensión acogedora en la escucha de Dios, de la realidad y de los demás, que nos permite descentrarnos de nosotros mismos y recibir el don impredecible que viene del Señor surgiendo por el centro mismo de nuestras realidades. Con la oración en común entramos en otra clave diferente, mucho más contemplativa y menos autosuficiente, en la manera de

*el Señor no nos regala
cosechas, sino pequeñas
semillas de mostaza que hay
que acoger y cultivar*

comunicarnos y de encarar nuestros desafíos apostólicos. *Una consolación espiritual compartida nos unió de manera profunda a lo largo de estos días.*

El don que hemos recibido en esta Congregación General todavía lo desconocemos en gran medida. No es nada más que un brote germinal que sólo lo comprenderemos plenamente en la medida en que se vaya desarrollando en nuestras personas, comunidades e instituciones. En la dinámica del Reino, *el Señor no nos regala cosechas, sino pequeñas semillas de mostaza que hay que acoger y cultivar* (Mc 4,31).